# BIBLIOTECA LIGERA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO

POR

**F. S. y S.**

XIII.

# Jesucristo y el Evangelio



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

# JESUCRISTO Y EL EVANGELIO.

PERO bien (le decia yo á un amigo mío que tiene la inmensa desgracia de ser de los indiferentes en cosas de Religión), ¡al fin alguna idea tendrás tú formada de Jesucristo y de su ley.

—¡Qué sé yo!

—¿Qué sé yo? ¡Lo de siempre, válgame Dios! ¡Extraña respuesta para tan sencilla pregunta! Sabes de Julio César, sabes de Mahoma, sabes de Napoleón, ¿y no sabrás algo de un personaje que allá en remotos siglos se llamó Jesús, y de un libro que contiene la historia suya y se llama el Evangelio?

—¡Hombre! tan poco como eso claro está que no lo puedo ignorar.

—Pues ahí verás, amigo mío, que tan poco como eso me basta para dejar vencido, si no convencido, á un incrédulo como tú.

—¡Hola! ¡hola! ¿esas tenemos! Aguardo á pie firme la granizada de argumentos con que me va á dejar hecho trizas vuesa merced católica, apostólica, romana.

—Bromas aparte, y tratemos en serio y formalmente la cuestión. ¿Me concedes que ha existido un personaje allá en antiguos tiempos, que se llamó Jesús ó Jesucristo?

—Concedido y además que el tal Jesús ó Jesucristo nació, vivió y murió en cruz en los tiempos de Tiberio emperador, y predicó durante ellos una doctrina contenida principalmente, así como su historia, en cuatro libros que

se llaman aún hoy los cuatro Evangelios, y dejó establecida una ley ó Religión que existe aún hoy en el mundo y se llama de su nombre, Cristianismo. Todo esto reconozco como hechos históricos, que desconocerlos ó negarlos fuera supina ignorancia ó ridícula insensatez. Pero de reconocer la existencia histórica de Cristo y de su ley, como reconozco la existencia histórica de César y de sus hazañas, á confesar su divinidad, hay, amigo mío, regular distancia. Y á la verdad, al hijo de mi madre, que no es fanático ni comulga con ruedas de molino, le ha de costar mucho, muchísimo, salvar estas distancias.

—Pues á mí se me antoja que al hijo de tu madre le ha de costar poquísimo salvar estas distancias, por lo mismo que no son largas, sino muy cortas, y aun ésas lo son tanto, que ni

llegan á encontrarse, como se proceda con sinceridad y buena fe.

Vamos al caso. Este personaje, llamado Jesús ó Cristo ó Jesucristo, vivió hace dos mil años poco más ó menos, y desde entonces dejó fundada en el mundo una Religión que se llama Cristianismo y que existe todavía en el día de hoy. Escucha ahora bien, y contesta sencillamente á cada una de mis preguntas. ¿Cómo fundó esta Religión? ¿Con armas?

—No por cierto, porque en vez de matar El á los otros, fueron los otros quienes le mataron á El.

—¿Con letras?

—No se sabe dónde las hubiese podido aprender, antes hizo gala siempre de acompañarse sólo de ignorantes.

—¿Con dinero?

—Nació en un aduar al pie del ca-

mino, vivió de limosna y murió desnudo en un palo, y le sepultaron por caridad.

—¿Cómo se las compuso, pues, este personaje original, para dejar establecida en el mundo una escuela que le reconociese y adorase por Dios, y profesase y practicase su doctrina? Porque, que tal escuela ó Religión existe, es un hecho que no se puede negar; que no fué fundada con la fuerza, con el saber ó con el dinero, que son los tres elementos más poderosos de que se vale por lo regular el hombre, también es cosa fuera de discusión. ¿De qué se valió, pues? ¿Cuál fué el secreto de sus conquistas? ¿De qué artificio usó para reunir discípulos y hacerles creer lo que quiso, y hacerles perseverar en esta creencia, y hasta hacerles morir con gusto por ella, y hacerla durar la friolera de mil ocho-

cientos años después de su muerte? Desafío al incrédulo más pintado á que me dé de esto una explicación, no ya exacta y decisiva, siquiera verosímil y aproximada. Tú no la puedes dar, ¿no es verdad? Nosotros los católicos, sí.

Los católicos la tenemos clara y terminante, y decimos: Jesucristo es Dios porque nadie sino Dios pudo hacer lo que hizo El y del modo como lo hizo. Fundó una Religión sin armas, sin letras, sin dinero. La fundó, al revés, siendo oprimido por las armas, siendo combatido por las letras, siendo el más pobre de todos los pobres. Parece que previendo que habían de venir un día hombres que le buscasen á su obra origen humano, quizo empezar por descartarse de todos los medios humanos, á fin de que se viese más clara y limpia su fuerza divina. Sólo un lujo se permitió: el de hacer

muchas obras portentosas, resucitando muertos, curando enfermedades, serenando la tempestad, multiplicando los alimentos, y al fin verificando en sí mismo el más glorioso de todos los milagros, el de su propia resurrección. En eso no anduvo parco, eso no lo escatimó. Y es natural; alguna prueba había de dar á aquellos á quienes decía: Creedme, seguidme. Y se las daba abundantes por medio de sus prodigios. Los que en los siglos posteriores hemos vivido no los necesitamos ya para creer en Él, como que tenemos á la vista el hecho maravilloso de su propia obra y de su conservación; pero los primeros discípulos, para quienes no existía este dato poderoso, recibieron en cambio los indicados, que pasaban cada día delante de sus ojos. Sí, señor; de este modo explicamos los católicos el establecimiento de la

Religión cristiana, sin armas, sin letras, sin dinero, antes teniendo en contra todas las armas, todas las letras y todo el dinero que se conocía en su siglo. Y si no se explica así el fenómeno, es inexplicable. Y si no á ver cómo discurres tú otra explicación.

Sube de punto la fuerza de esta observación considerando bien lo que es la doctrina de Jesucristo, y el efecto extraño que había de producir en los que por vez primera la oyesen. Al mundo aquel tan brutal, tan orgulloso, tan encenagado en toda suerte de vicios, había sin duda de parecerle toda ella una paradoja, una broma pesada. Escucha. Los fundadores de sectas han acostumbrado por lo regular tomar por punto de partida de su propaganda alguna inclinación que han visto en el pueblo que trataron de convertir á su

ley. Mahoma, habiéndoselas con el pueblo árabe, lúbrico y belicoso, estableció su Corán sobre esos dos puntos fundamentales: la guerra y la voluptuosidad. Cuando Lutero quiso entronizar el Protestantismo en las Cortes corrompidas de Alemania, empezó á predicar el despojo de los monasterios y el libertinaje, con lo cual no le faltaron al punto secuaces. Hoy mismo, cuando hemos visto á ciertos agitadores dirigirse á las masas para crearse en ellas un partido dócil á sus miras, siempre los hemos oído en sus peroratas halagar al instinto popular, excusarles á los pobres sus defectos, enaltecer sus virtudes, prometer satisfacción á sus necesidades, pintarles rosado porvenir.

Jesucristo tomó camino del todo opuesto. A la prudencia humana debió parecerle que lo que en realidad

deseaba era no reunir jamás media docena de discípulos. En efecto, hubiérase dicho que no hablaba sino para alejarlos de su escuela, según se la pintaba á todos tan ajena á sus gustos y comodidades. A los príncipes nunca hablaba de su poder, sino del respeto que deben á los súbditos. A los súbditos nunca hablaba de sus derechos, sino del deber que tienen de obedecer á sus Gobiernos. Los ricos nunca oyeron una palabra de condescendencia ni de tolerancia para con su orgullo; siempre les dió en rostro con el elogio de la pobreza. Los pobres nunca oyeron que los atizase contra los ricos, sino que por el contrario les encarecía á todas horas la sumisión y la resignación á su suerte. El mundo miraba como cosa de poco más ó menos la deshonestidad; Jesucristo fué intransigente hasta con los deseos más ocultos en el

fondo del corazón. Vengarse del enemigo parecía á aquellos hombres cosa corriente; Jesucristo puso precepto formal de amarlos como hermanos. Humildad, mortificación, pobreza, desprecio del mundo, desasimiento alguna vez hasta de los lazos más tiernos de familia; ¿no te parece que todas estas palabras habían de sonar muy ásperas y duras á aquella generación que núnca las había oído, cuando lo son aún para nosotros que nos hemos, por decirlo así, amamantado con ellas? ¿No te parece que según toda regla de prudencia debiera haber procurado Jesucristo suavizarlas un poco, darlas así como encubiertas, á fin de que se acostumbrasen á ellas todos los corazones, y se mostrasen menos reacios en abrazarlas? Pues, no, señor; no lo hizo, sino que las echó al mundo de su tiempo crudas, mondas y lirondas, como

se dice; sin pensar poco ni mucho en si lastimarían los oídos delicados, ó en si las rechazarían al primer envite sus oyentes. En suma y para acabar. Jesucristo, para que no se creyese que su obra era humana, no quiso establecerla por medio alguno humano, que yo sepa. Si alguno sabes, muéstralo al punto, y me doy por vencido. Al revés. Empleó todos los medios humanos, ó que humanamente podrían juzgarse tales, para que su Religión no llegase á establecerse. Si sabes alguno que dejase de emplear en contra suyo, muéstralo también. Más claro. A excepción de sus milagros y del aroma celestial de su palabra, ¿qué medios hubiera podido emplear mejores de los que empleó, si en vez de querer facilitar el establecimiento de su Religión se hubiese propuesto hacerlo imposible?

Y no obstante, por estos medios absurdos, ridículos y contraproducentes salióse con la suya el Hijo del carpintero de Nazaret, como le creían y llamaban sus compatricios, y reunió discípulos, y conquistó corazones, y murió dejando plantada una ley que en breves años fué el árbol que cobijó á todo el mundo. La incredulidad positivista, que siempre anda pidiendo hechos, ahí tiene éstos que son hechos y nada más. No hay aquí asomo de sistema ni de teoría. Hechos palpables. Un pobre, un rudo, un público ajusticiado que predica cosas que repugnan á todo el mundo, que ponen en ira contra El á todos los Gobiernos, que por fin y remate le proporcionan la muerte del criminal. Y no obstante, á la vuelta de pocos años este facineroso, que se pone en oposición con todo el mundo, es dueño de todo el mun-

do, y todo el mundo obedece su ley, acata su nombre y le llama Dios, como El quiso ser llamado.. Y á la distancia de diecinueve siglos encuentra aún quien cree en El, quien vive por El, quien hasta por El muere. Y diecinueve siglos después tiene aún enemigos á quienes causa pavor, ira y no sé cuántas cosas más, que ésta es cierta señal de que puede mucho aún aquel pobre, aquel rudo, aquel ridículo Predicador de cosas extrañas, á quien ajusticiaron mil ochocientos años atrás en Jerusalén. Dime, amigo, ¿no son hechos esos claros, luminosos, positivos? ¿A ver, pues, cómo tú ni otro alguno les´dais explicación, si no es confesando sencilla é ingenuamente como nosotros: *Jesucristo es Dios?*

Sí, amigo mío, Jesucristo es Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad. Bajó al mundo tomando carne

humana, en las entrañas de la Purísima Virgen María, hombre como nosotros por razón de este misterio que se llama la *Encarnación*, sin dejar por esto de ser Dios como el Padre y el Espíritu Santo. Hay, pues, en Jesucristo dos naturalezas, una divina y otra humana. Con ésta se hizo apto para el sufrimiento y para la muerte en expiación de los pecados del hombre; con aquélla dió á estos sufrimientos y muerte el valor de merecimientos divinos, únicos que podían satisfacer á la Divina Justicia agraviada. Nació, pues, en Belén ese Hombre-Dios ó Dios-Hombre, y predicó su ley, y la selló con indecibles maravillas y finalmente con su Sangre preciosa, y tres días después de su muerte con su Resurrección. Y subió á los cielos cuarenta días después, y volverá de allí al fin de los siglos para juzgar á los

hombres. Y por esto le fué fácil hacer lo que á todo otro hubiera sido imposible, y hacerlo con medios que en otro cualquiera hubieran sido obstáculos, y hacerlo con un éxito que ninguna obra humana ha logrado jamás alcanzar. Esta es la fe, ésta es la verdad. Este es nuestro *Credo*. ¿No te parece que eso mismo dicta el buen sentido?

A. M. D. G.